

A Feli que añoraba el pato pequinés

FÉLIX SAN VICENTE



La luz de agosto penetró por los cristales y rompió el amanecer en secuencias nocturnas. El Ebro que había sido río, brillaba con reflejos en secuencia de abecedario: letras semihundidas, y no obstante letras, con escamas plateadas de sombras que decían palabras que se arqueaban en sílabas y volvían al trote en espirales de luz; las más puntiagudas, las íes, abrasadas por el sol atravesaban el aire como saetas, dibujando frases muy incompletas y solo legibles sobre tejados de pizarra o en los círculos de redondos pozos en los que flotaban como burbujas, en torno a los juncos más azules. Y esto: cada remolino era un verso que giraba sobre sí mismo, y cada ola proyectaba palabras que nadie podía interpretar al piano en su teclado bicolor.

Irati camina, Irati sueña, Irati va por la ribera y es ribera, subordinando frases entre frescos destellos alados del pato pequinés, que, a su lado, palpita plumas verdinegras y muy rojas. Cada palabra que Irati susurra se transforma en un eco suspendido en el aire: nombres de ausentes, risas que han huido, recuerdos que nadie recordaba... a la búsqueda del caos que calme las aguas inocentes.

Inquieto, el pato había alzado el vuelo años antes y había cruzado montañas, ríos y lagunas hasta el Po, río de Italia. De nuevo el viaje, de nuevo sobrevolar el Po, siguiendo el hilo del renovado mensaje, formando puentes de palabras invisibles en el aire que unen ambos ríos. Corrientes que antes solo llevaban agua, ahora llevan historia, memoria y música; palabras que nombraban casas, casos y vidas, visibles como constelaciones líquidas que flotarían y se moverían, siempre cambiantes, siempre inquietas.

Irati permaneció en la otra orilla y es orilla, mirando cómo el pato desaparecía desdibujando el horizonte, deshilando quehaceres, enrevesando palabras desnudas de teorías y certezas: pero si solo un hilo de calma que recorría el río y el aire era suficiente para que existiera como arco, luz y vida de vidas.

El Ebro trotaba. Los peces transcribían. El pato pequinés se autocorregía. Y el mundo, por un instante, parecía capaz de contener todo lo perdido y todo lo deseado en el tiempo.

